

La cultura bajo acoso

María Elena Ramos

artesano  editores

Consejo Editorial

Carmen Julieta Centeno

Antonio López Ortega

Sudán Macció

Nela Ochoa

Diseño

ABV Taller de Diseño,

Waleska Belisario

Corrección

Alberto Márquez

Impresión

Editorial ExLibris

©Artesano Editores, 2012

©Simón Alberto Consalvi, 2012

©María Elena Ramos, 2012

Caracas, Venezuela

www.artesanogrupeditores.com

Depósito Legal If31020123003346

ISBN 978-980-7540-02-5

Impreso en Caracas, Venezuela 2012

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin permiso previo del editor.

La cultura bajo acoso

María Elena Ramos

Prólogo

La cultura bajo estado de sitio

A sangre y fuego, Shih Hung Ti unificó las provincias del vasto territorio que desde antiguo se conoce como China, y se erigió en su primer emperador. Esto significa su nombre. Ascendió al poder en un pequeño reino antes de la edad requerida y tuvo que esperar para asumirlo en 238 a. C. Tuvo títulos diversos para pasar a la historia. Uno de ellos, la eliminación de los reinos feudales, y la unificación del imperio. Otro, haber construido la Gran Muralla. Y un tercero, la abolición del pasado.

Al enterarse de las hazañas del emperador, la de haber construido la muralla y la de abolir la historia, Jorge Luis Borges confiesa que, inexplicablemente, sintió cierta emoción por el hecho de que un solo individuo hubiera podido acometer tales propósitos. Sintió inquietud por esa emoción y se dedicó a indagar sus razones. Así lo cuenta en su ensayo «La muralla y los libros».

Shih Hung Ti dispuso que se quemasen todos los libros anteriores a su época. «Tres mil años de cronología tenían los chinos (y en esos años, el Emperador Amarillo y Chuang Tzu y Confucio y Lao Tzu), cuando Shih Hung Ti ordenó que la historia comenzara con él», dice Borges. La indagación que el autor de *Historia universal de la infamia* llevó a cabo para explicarse su extraña emoción por el personaje le dio ciertas claves:

Shih Hung Ti había desterrado a su madre por libertina; en su dura justicia, los ortodoxos no vieron otra cosa que una impiedad; Shih Hung Ti, tal vez, quiso borrar los libros canónicos porque estos lo acusaban; Shih Hung Ti, tal vez, quiso abolir todo el pasado para abolir un solo recuerdo: la infamia de su madre.

No glosaremos el fascinante ensayo de Borges, de apenas tres páginas. Ni nos detendremos en los delirios de inmortalidad de Shih Hung Ti, que murió en unas montañas remotas buscando las fuentes de la eterna juventud. Ni en la

Gran Muralla y las metáforas del gran escritor. Nos interesa el precedente de la quema de libros, de la abolición del pasado, no si fue cierta la conjetura de la madre libertina.

Con los siglos, el espíritu del primer Emperador chino reencarnó en otros personajes obcecados con la abolición de la historia, la quema de libros y de blasfemos en la hoguera, y así Shih Hung Ti se fue llamando Torquemada o Savonarola. Y de ellos pasó a los totalitarismos del siglo XX. A José Stalin, a Benito Mussolini. A Adolfo Hitler. A Francisco Franco. Totalitarismos de un signo y de otro, que indefectiblemente se dan la mano, aunque como astutos impostores se ataquen entre sí, justificándose el uno con las amenazas del otro. La metódica destrucción del enemigo para controlar a todo el mundo.

Espero que no resulte cómico, o arbitrario, este viaje de dos mil años para llegar a la Venezuela del siglo XXI, y a las páginas de este libro, de la escritora María Elena Ramos. Concebidos desde una perspectiva humanística, y con un conocimiento profundo de los problemas de la cultura en nuestro país, estos ensayos proponen una reflexión que no discrimina ni dicta sentencias. Que analiza o cuestiona, o denuncia, según los requerimientos de las circunstancias y de los hechos, pero que postulan el diálogo y la diversidad, como únicas alternativas frente a la tentación de dominio, a la pretensión de abolir la historia o de reescribirla, o de reinventar lo que por su naturaleza está destinado a reinventarse como el arte. Ni el «arte prohibido» de la oscura época europea de los años treinta y cuarenta, ni el arte oficial y regimentado, puesto al servicio de un sistema político que niega o aniquila a todos quienes no se le rindan a discreción.

Para una intelectual como María Elena Ramos, las palabras tienen connotaciones y resonancias que se fundan en los hechos. Quien escribe es la misma profesional de la crítica del arte o de la cultura que ha ejercido cargos en museos e instituciones culturales, y que ahora observa su deterioro o su papel subalterno. Si postula la libertad de creación y el respeto más absoluto a la diversidad, no es una invención ni una promesa. Está escrito más allá de sus palabras. A María Elena la respalda una obra crítica admirable y prolongada, y una actuación paralelamente rigurosa y tolerante.

El primero de estos ensayos, «Nueve señales para pensar hoy la libertad», explora la realidad venezolana de nuestras desventuras, el lenguaje y sus labe-

rintos, el odio como política, la violencia, la duplicidad y la mentira que alimentan una crisis profunda y plantean un desafío a la conciencia ciudadana. Veamos este retrato: «El gran jefe totalitario lo quiere todo y así va buscando ocupar los poderes, los lugares y las mentes. Uno de los alimentos esenciales para lograrlo es el hombre-masa. Se organiza a la masa explotando su ingenuidad... (...) Se organiza a la masa desde los viejos resentimientos personales... desde el hechizo magnético del líder carismático, y algo importante, se la organiza desde la humillación de lo individual al interior de la propia persona».

La cultura entra en ese «todo» bajo el dominio o la pretensión de dominio, afortunadamente condenada al fracaso en nuestro país. Cuando se politiza la cultura, se daña la sociedad, al individuo y al país. «Cuando se politiza, la cultura es solemnemente enunciada como interés de Estado, pero no para enriquecerla como recurso humanístico sino más bien para ponerle la mano, encubriéndola de ideología».

En Venezuela, como en la China del desorbitado emperador Shih Hung Ti, también se ha construido una gran muralla. No divide a la geografía, algo peor, está hecha de piedras invisibles, divide a la gente, y no hay peor daño para la cultura y la idiosincrasia de un pueblo que condenarlo a ser su propio enemigo.

Cuando se politiza la cultura se atenta contra la esencia moral y ética de una nación. Este es el mensaje que con lucidez y sensibilidad venezolana, María Elena Ramos entrega en estas páginas de desasosiego. Historia, crítica, confesión, testimonio, un grito como el de Edvard Munch.

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

Introducción

Para quien ejerce profesionalmente como investigador o crítico de arte puede llegar un momento de la vida en que sienta, vivazmente, la necesidad de hacer también una crítica de la cultura. Nos hacemos entonces más conscientes de la función del intelectual con la sociedad y con su tiempo. Y esto suele suceder cuando esa sociedad pasa, precisamente, por tiempos de crisis. Es entonces en estos *tiempos críticos* cuando algunos de quienes nos dedicamos a un lenguaje artístico particular, o a la teoría sobre arte y estética, necesitamos además participar –en un *ahora* que se nos vuelve singularmente exigente– en una crítica cultural más amplia, que vincule a la estética con la ética y la política. Ya había instado Ortega y Gasset a «...abrir bien los ojos sobre el contorno y aceptar la faena que nos propone el destino: el tema de nuestro tiempo».

El incrementado riesgo de pérdida de autonomía institucional y, más ampliamente, de las libertades en el país, ha movilizadado en muchos una reflexión que, sin hacernos abandonar el campo personal de estudio, nos compromete a poner el foco en los reales riesgos y peligros de este *ahora* social: el miedo, la insensible pero progresiva pérdida de autonomía profesional y de conciencia, la resignación, la aceptación de lo no aceptable o, peor aún, la tolerancia de lo intolerable, la censura y la autocensura, el autoacallamiento.

No es novedad: repetimos entre nosotros lo que la historia universal registra como constante en momentos autoritarios. Y en nuestro medio este compromiso, según el cual el analista sale de una visión más especializada hacia una más societal, es apenas uno de los efectos activados en estos inicios del siglo XXI por el desmontaje de las instituciones, la concentración de un poder ilimitado, la ideologización y partidización de los distintos ámbitos de la vida del país.

Como el lector podrá ir observando, en este libro se agrupan textos escritos en diversos momentos entre finales de los años noventa y mediados del año

2012, cuando se edita esta publicación. No se trata del desarrollo sistemático de un tema, sino de la puesta en conjunto de escritos sobre situaciones que ocuparon la atención de creadores, intelectuales, agentes culturales, comunicadores sociales.

Para esta publicación hemos retomado aquellos textos que marcaron distintos momentos de conflicto vividos por el medio cultural en los últimos años. Muchos de los escritos respondieron a crisis particulares, otros han sido análisis más globales sobre amenazas de fondo a la razón de ser de la cultura. Inéditos algunos, publicados otros en prensa o difundidos en medios digitales, materia originalmente de conferencias o seminarios en espacios académicos, leídos en una primera versión en foros de discusión, algunos incluso inicialmente solo escritos como documentos privados limitados a centros especializados, estos textos han sido revisados y agrupados aquí en cuatro capítulos (*Cuando se politiza la cultura; Los discursos del poder en tiempos críticos; Los museos al centro del debate; De curadores y curadurías*).

Si algo en común tuvieron entre sí en sus distintos momentos ha sido la necesidad de dejar testimonio, pero también la de intentar esclarecer, aunque fuera inicialmente solo para nosotros mismos, algunos aspectos relevantes del proceso, aspectos siempre parciales y enfocados, inevitablemente, desde una óptica personal. Esto último no es, *per se*, defecto o virtud sino tan solo una realidad de la que dejamos constancia. Baudelaire lo expresa claramente: «Para ser justa, es decir, para tener una razón de ser, la crítica tiene que ser parcial, apasionada, política, es decir, tiene que ser hecha desde un punto de vista exclusivo, pero desde el punto de vista que abra más horizontes».

Uno de los objetivos de estos textos, escritos durante más de una década, ha sido el ir observando y señalando de qué maneras las políticas generales del régimen de Hugo Chávez se fueron concretando en la especificidad y los modos de ser de las instituciones culturales. Y si algún objetivo pretende ahora, agrupados ya en forma de libro, es el contribuir de alguna manera a registrar, desde la perspectiva que el pase del tiempo facilita, un período de agresión a valores y desmontaje de instituciones que ya resulta demasiado largo. Consecuencia de un registro de hechos, circunstancias y personajes, vistos ahora a la distancia del momento en que se escribieron, estos textos aspiran a ofrecer una visión de una época que ha sido única en la historia de nuestra cultura democrática y en la que, a consecuencia de un sostenido acoso, se han ido desfigu-

rando razones esenciales de ser de la acción cultural, han sido visiblemente debilitados muchos organismos, y frenados en su crecimiento muchos prometedores procesos.

Este libro reconoce también otras experiencias, en las que la creatividad y la mística de los actores culturales del país se han fortalecido, generándose una intensa actividad de resistencia y de creación. Fuera de las instituciones del Estado han ido diversificándose proyectos privados, académicos, con aportes nacionales e internacionales, que están facilitando la difusión de la obra de nuestros creadores plásticos en eficaces circuitos paralelos, el crecimiento del medio editorial con alto nivel de muchas publicaciones, interesantes propuestas teatrales, una reactivación de la vida cultural en las comunidades y un fortalecimiento en la autoestima de la gente con respecto a las posibilidades constructivas de la cultura, todo lo cual ha ido creciendo a pesar de las reales dificultades de la época.

Tanto en su necesidad crítica como en su apuesta por la esperanza, ojalá estas lecturas puedan, como quería Baudelaire, abrir otros horizontes.

Primer capítulo

Cuando se politiza la cultura

Nueve señales para pensar hoy la libertad*

Virtudes y peligros del lenguaje.

Lenguaje que construye o que destruye

El lenguaje es el instrumento humano por excelencia, pero no siempre expresa lo más humano del hombre: sirve para decir verdad pero también para torcerla. Como todo instrumento, el lenguaje vale según los propósitos de quien lo utiliza, desde bendecir hasta maldecir, desde respetar hasta manipular, desde entusiasmar hasta deprimir. Ya decía Heidegger del lenguaje y de la poesía que era a la vez la más inocente y la más peligrosa de las ocupaciones¹.

El lenguaje no es cualquier instrumento sino uno que define –y que también va construyendo– al hombre que lo expresa. Recordemos que, para los antiguos, conceptos de honestidad e integridad se basaban en la sencilla coherencia entre pensar, decir y hacer. Y, como concepción ideal, esa aspiración humana se mantiene hoy, si bien son muchos los que no la ejercen. El lenguaje es allí una prueba de honestidad: si lo que alguien dice se demuestra en sus actos, entonces se legitima su palabra, ganando credibilidad. Lo contrario es el doble o triple discurso, que muchas veces refleja doblez moral. Típico del cinismo y el fraude, se ha vuelto moneda demasiado frecuente en la política. Y tanto el ejercicio como la aceptación pasiva de ese doble discurso, con su pérdida de confiabilidad, van corroyendo algo fundamental en un país: su capital social.

Si de los artistas y artesanos se espera una producción constatable, los políticos son poco exigidos a que muestren, en los hechos, la obra que prometieron.

* Presentado en el Foro Comunicación y Libertad. Universidad Católica Andrés Bello. Caracas, 2005.

¹ Martin Heidegger. *Hölderlin y la esencia de la poesía*. En *Arte y poesía*. Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 128.

Su acción es demasiadas veces solo palabra, *flatus vocis* en la plaza pública, mientras se benefician largamente de aquella falta de exigencia rigurosa a dar cuentas de su hacer. Si se trata de liderazgos carismáticos el terreno es aún más resbaloso, porque –emocional y efectista– carisma mata a análisis, lenguaje simbólico mata a racionalidad del discurso, y un habla de la promesa y de la sola esperanza parecería no obligar al líder a dar pruebas de su acción real hasta ese siempre tardío *darse cuenta* por parte de la población. Y es que puede haber demasiadas diferencias entre el decir y el hacer. Hay líderes que tienen sueños –y verbo– grandes pero ínfimas acciones. Hay regímenes que hablan de construcción mientras van desmembrando un país: dicen que hacen, y lo que hacen es destruir. Es otra versión del doble discurso, enunciar lo positivo mientras se ejecuta la negación.

Pero hay otros peligros, como el de pasar del extremo inactivo del nominalismo al otro extremo, excesivamente activo, de la *acción directa*, con el uso indiscriminado del poder o la instigación a delinquir con las armas. Ese pase rápido desde el verbo hasta la agresión física que hiere o mata se ha encendido, en la Venezuela contemporánea, cada vez que el comandante presidente estimula a sus adeptos más radicales a arremeter contra medios de comunicación, dueños de tierras, organismos y personas que disienten. A falta de buenas ejecutorias, parecería que una acción concreta que un gobierno como este sí sabe hacer eficazmente es ese tipo de *acción directa*.

En el habla nacional se dice de alguien poco claro que «habla para atrás y para adelante». En estos tiempos es posible hacer una relación entre ese modo de verbo presidencial y aquella conocida máxima del totalitarismo soviético: dos pasos adelante y uno atrás para la construcción del proyecto revolucionario. Pero lo *no claro* lo es aquí solo en apariencia, pues en rigor se trata de un habla que expresa *claramente* una parte esencial de su estrategia: ir avanzando, a la vez que se van limando resistencias.

Pero además esa palabra del comandante, que dice y desdice según soplan los vientos y sin perder nunca el norte del sistema que se quiere implantar, tiene en sí misma un componente lesivo sobre la salud de la gente: la palabra misma está enferma, pero además tiene el poder de enfermar a una parte de la población. Los psicólogos hablan del *doble vínculo*, término conocido desde los años sesenta en los estudios de Gregory Bateson y su escuela de Palo Alto sobre mensajes complementarios, pero contradicto-

rios, que reciben permanentemente muchos niños y que van formando personalidades esquizofrénicas. Se trata de una doble atadura de mensajes confusos, muy lejanos a la necesaria transparencia de la comunicación saludable; un problema que afecta a individuos y familias pero que es extensible a la sociedad toda, especialmente cuando emana de un líder que concentra todos los poderes.

Este tipo de lenguaje genera contradicción y discrepancia (pues lo que se afirma en un mensaje se niega en el siguiente, para ser reafirmado con mayor virulencia en una próxima alocución a la comunidad). La situación se agrava si aquel niño, o esos pueblos en este caso, no tienen posibilidad de expresar su propia idea sobre esta ambigüedad de los mensajes, o de hacer preguntas exigiendo su esclarecimiento. Es fácil entender por qué se habla a veces de sociedades esquizofrénicas y por qué individuos o grupos quedan prisioneros, por años y décadas, de la manipulación persistente de estos líderes carismáticos negativos.

En la Venezuela actual le oímos decir al presidente demasiadas cosas graves, pero todavía nos sorprendemos cuando eso que ha enunciado llega a hacerse realidad. Es que la palabra puede incluir todo, incluso lo más terrible, pero ella también puede suavizarlo todo, especialmente en ese ir adelante y atrás que inquieta y luego tranquiliza para casi de inmediato volver a inquietar, cada vez más angustiosamente... o más resignadamente.

Pero si la palabra abarca todo, la realidad es otra cosa: se encuentra (se topa más bien, o se golpea) con nuestros propios límites, con lo que podemos o no resistir manteniendo la salud individual y social.

La urgencia de *darse cuenta*. La obligación de dar cuenta

Dice el filósofo español Julián Marías: «Verdad y libertad son las dimensiones decisivas de nuestra vida. Ambas están amenazadas de mil formas, la mayoría de ellas larvada y no fácilmente perceptible. Son los dos criterios supremos para juzgar lo que pasa, lo que se hace y lo que se dice. Rara vez se tiene en cuenta»². ¿Cuáles son las amenazas principales que en el mundo

²Julián Marías, «El arte de no hacer caso». Diario *ABC*, Madrid, 15-5-1997.

contemporáneo sufren la verdad y la libertad? ¿Cuáles, ya más concretamente, los peligros que ambas corren en regímenes autoritarios?

Hay que saber captar, en la palabra del líder, lo que está sucediendo e incluso lo que va a suceder. Antes de ir perdiendo libertades, actuando con lucidez debemos *darnos cuenta* de la veracidad o la mentira que hay tras el lenguaje. Mucha gente no se da cuenta. Otra no se la quiere dar. Pero como comunicadores y trabajadores intelectuales tenemos la obligación, profesional y ética, primero de *darnos cuenta*, lo que es exigido por nuestra inteligencia; después de *dar cuenta*, lo que exige nuestra responsabilidad en la comunicación social. Y nos preguntaremos: ¿cuándo la palabra «verdad» se enuncia precisamente para encubrir una farsa?, ¿cuándo la palabra «libertad» es un camelo mientras su ejercicio real se va reduciendo?, ¿cuándo la palabra «transparencia», dicha por ciertos hablantes, anuncia más bien ocultamiento?, ¿cuándo las palabras «educación, alfabetización» deben leerse más bien como adoctrinamiento, ideologización?, ¿cuándo la palabra «inclusión» lo que realmente incorpora es una profunda exclusión?

Cultura y comunicación no atienden solo a la invención y uso del lenguaje, se trata también de un asunto de conciencia. Y requieren saber ver, saber oír, saber decir. Tres asuntos esenciales en los que hay que formarse, para ser buenos perceptores de lo visto y de lo oído, y para ser buenos emisores del tipo de palabra que esclarece. Pero para decir y *dar cuenta* hace falta sacudirse la pereza intelectual, que va insensiblemente desembocando en pereza moral. A veces pensar cansa, a veces actuar pone en peligro. Hace falta enfrentarse con el miedo, ese miedo que intuye pronto que ciertos modelos de poder no saben aceptar el disenso. Si el poderoso tiene muy bajo su umbral para admitir al que disiente, este puede ir reduciendo su propio umbral de participación, su voz, o al menos sus decibeles. Así, el espacio represivo se expande y el individuo –reprimido– se contrae.

Mientras más un gobierno se aleja de ser democrático, más multiplica sus normas para castigar la opinión libre y el ejercicio crítico. Se instala la cadena: miedo, sometimiento, silencio, en ese círculo del terror y la violencia que se da en pueblos, hogares, parejas (el lunes te pega, el martes te pide excusas, el miércoles te lleva flores, el jueves llegas a sentirte culpable por haberle juzgado mal, el viernes te sientes libre para volver a disentir, aunque ahora más tímidamente... hasta el sábado, en que te pega... y esta vez más cruelmente...).

Maticemos: en gobiernos autoritarios el umbral de aceptación ante el disenso suele ser más amplio hacia intelectuales y escritores de opinión (pues elaboran aspectos más teóricos) que para los periodistas, que comunican un saber más directo e inmediato de los hechos y cuya palabra pone en evidencia a los actores políticos. Si a los periodistas se les frena y persigue, a los intelectuales muchas veces parece ingorárseles, valiéndose incluso de su ejercicio crítico para legitimarse como un gobierno pluralista y demócrata. No sucede esto así en los gobiernos ya claramente totalitarios, cerrados a cualquiera de los modos de la comunicación libre, e implacables hasta con sus mismos seguidores en la insaciable necesidad de doblegar al otro.

Urge ver a tiempo la diferencia entre la revolución como ideal, como sueño humano y, de otra parte, la revolución ya convertida en poder. Para ver esta y otras diferencias entre el sueño y la dramática realidad en proceso hace falta la vigilia: la del país, la de sus intelectuales, la de sus comunicadores –una vigilia conceptual y ética que sepa nutrirse en las enseñanzas de la historia.

El testigo que denuncia

Un dramático mensaje televisivo contra la violencia doméstica señala: Lo más grave no es que los golpee, que la madre y los hijos pierdan la salud o la escuela; lo más grave: el silencio...

La psiquiatra Alice Miller ubica «el origen del odio» en la violencia al niño. Al no ser capaz de entender por qué es herido por personas a las que ama, lo siente merecido y sin remedio. Pero Miller señala la instancia salvadora del «testigo que ayuda» –usualmente un familiar cercano– que hace ver al niño que tal violencia es arbitraria e injusta. Sin tal testigo «no le es posible experimentar conscientemente los abusos, y reprime ese conocimiento para no quebrarse a causa del dolor y el miedo».

En el tratamiento médico de traumas y fobias el médico es otro testigo: ayuda porque denuncia, y porque estimula al paciente precisamente a denunciar. La terapia ayuda a sacar de sí, a sacar de la oscuridad, y para ello se requiere nombrar. También para la salud social los «testigos que ayudan» son irremplazables: oposición lúcida, prensa libre, intelectualidad clara, sociedad civil

participativa. Los medios de comunicación ayudan a reconocer, como la cuña de TV, que lo más grave no es el hematoma sino el acallamiento.

Por otra parte, si es importante para la madurez humana poder decir, sacar de sí, tal madurez solo se alcanza si se trata de un decir lo que es verdadero, pues no se trata allí de cualquier habla –catártica– que nos libere, sino de una veraz y comprobable, por la cual respondemos, es decir, nos hacemos responsables. Esa palabra responsable y clara hace crecer tanto la salud psicológica individual como la salud psicosocial de una colectividad.

Nuestra sociedad ha estado por años en apatía y silencio por descreimiento ante los poderes alcanzados por la corrupción y la falsedad. Dice Julián Marías: «La mentira es el máximo riesgo de la democracia, lo que lleva a la pérdida de su prestigio... La mentira tiene que ser descubierta, mostrada, hacer que caiga sobre sus autores. Si esto se realizara con acierto y energía, la impunidad sería evitada en altísima proporción».

Es la impunidad de los padres violentos la que produce niños y adultos desgraciados. Es la impunidad de gobernantes demócratas pero corruptos la que hace indolentes a los pueblos. Más adelante la gravedad se agudiza y es la impunidad de los gobiernos agresores la que hace miedosos a los pueblos. Algo es claro: no hay salud de país si no se ubican a tiempo los responsables de la violencia, si no se dicen las cosas por su nombre, si no se discierne sobre el carácter poco transparente de un proceso. Como testigo que ayuda, que enuncia y comunica, la opinión pública tiene una palabra esencial.

El diálogo bloqueado

Para que el lenguaje actúe se requiere el diálogo, que implica un decir y un escuchar, que conlleva un preguntar y un responder en libertad. El diálogo es *dialógico*: necesita dos. En su vaivén va tejiendo espacio especulativo entre dos diferentes, que comparten afinidades y enfrentan divergencias. El lenguaje se forma con lo que al diálogo van aportando uno y otro, haciéndolo avanzar. Aun manteniendo cada uno sus ideas esenciales, una buena interlocución redimensiona el pensamiento y la tolerancia.

Ese diálogo, componente esencial del lenguaje libre y tradicional costumbre

de este país, está hoy endurecido. En demasiados sectores no existe. No se cree posible el encuentro con el otro simplemente porque no se confía en él, porque ha dado razones objetivas o subjetivas para desconfiar. Así, va profiriéndose un lenguaje a trozos: el habla que arremete desde el poder, o que pide acólitos en la plaza; el discurso que solamente enuncia –o denuncia– de uno y otro lado: palabras que no conversan, que no preguntan al otro ni tienen expectativa por la eventual novedad u honestidad de su respuesta.

Estando, en fin, tan golpeada en todos los ámbitos la interlocución democrática, el lenguaje ha ido perdiendo su apertura, su potencialidad, su intercambiabilidad de posiciones, ese imprescindible juego móvil de vaivén que lo hace libre. Sin diálogo pierde el lenguaje, pierde la cultura y pierde la democracia. La libertad pierde.

Sentimiento de irrealidad. ¿Un cambio de grado o de naturaleza?

Los hombres normales no saben que todo es posible.

DAVID ROUSSET

En los últimos años se ha hecho familiar una sensación de sorpresa permanente, de no creer lo que se ve. Ha sido de tal naturaleza el resquebrajamiento de estructuras básicas entre las que crecimos, las que sustentan valores, tradiciones o simples certidumbres necesarias para la vida, que hoy estar en vilo es un estado frecuente y cualquier noticia de demolición parece posible.

Es momento para distinguir qué cambios son positivos y necesarios porque producen avance civilizatorio –cambios con las generaciones, con las épocas, con las nuevas ideas y tecnologías–, donde el legado recibido es ahondado, mejorado y ampliamente crecido con los recursos y saberes de un nuevo tiempo y, de otra parte, qué cambios destruyen ese legado y producen graves retrocesos a épocas que no conocían aún libertades ganadas por los países modernos y que durante cuarenta años del siglo XX también Venezuela pudo vivir, a pesar de las múltiples debilidades de nuestra democracia, esas que todos reconocemos.

Pero hace falta *darse cuenta* de que el momento que vive el país no se explica diciendo, como algunos, que esto es más de lo mismo, refiriéndose a

esas imperfecciones de las cuatro décadas del llamado puntofijismo. Y es que entre aquel pasado-cercano y el presente la diferencia esencial no es de grado, sino de naturaleza. No se trata entonces simplemente de un gobierno «más corrupto o más ineficiente que...» Se trata de la sustitución de un sistema democrático por uno autocrático. Y eso *por ahora*, porque lo más grave está aún en proceso.

De democracia a autocracia. De autoritarismo a totalitarismo

Esas diferencias de naturaleza se dan g-r-a-d-u-a-l-m-e-n-t-e, no de una vez. Más lentamente en los primeros años por la necesidad de cubrir la apariencia democrática, comprometida por el origen electoral, y más aceleradamente después con cada evento de quiebre, como los acontecimientos de abril y el paro cívico de 2002, o el ánimo depresivo que ha quedado en el país con las elecciones de agosto de 2004, cuya atmósfera turbia ha sentado bases poco fiables para las de 2005 y 2006. Si es cierto que estos nuevos tiempos abundan en madrugonazos y sorpresas, es igualmente cierto ese modo paulatino de ir introduciendo una soterrada violencia en el proceso. Y ese escalonamiento en la aplicación de medidas que van cambiando una democracia en un autoritarismo se fue apoyando cómodamente en aquel sentimiento de irrealidad —ese *no es posible que esto nos esté pasando, ese no se puede llegar a tanto*— que ha prevalecido entre la gente.

Un cambio mayor aún en la naturaleza de la estructura política se ha ido gestando: el pase de ese autoritarismo que ya padecemos a un totalitarismo creciente, que muchos aún no identifican. Pero si bien el doble discurso, la doble moral y la mentira son hábito diario de los líderes de este gobierno, también es cierto que Hugo Chávez ha sido desde el principio lo suficientemente explícito acerca de sus intenciones. Al pueblo venezolano pareció faltarle ojo y oído de buen receptor, lectura de la historia, relación con el contexto del siglo XX. Aquí no es posible decir que nos prometieron A y nos dieron Z (como se suele decir de la Italia de Mussolini y de la Alemania del Führer —aunque también de los alemanes podría decirse que no supieron leer el libro esencial de Hitler, *Mein Kampf* [*Mi lucha*]). Nosotros no fuimos del todo engañados, pues la extrema locuacidad de Hugo Chávez se expresaba claramente cuando declaraba desde la cárcel a Agustín Blanco Muñoz y Alberto Garrido, o cuando se extiende indefinidamente en sus *Aló Presidente*.

Otras lecturas serían acaso posibles. Tal vez por ejemplo podría leerse, en aquel *no darse cuenta* (no saber, no poder o no querer dársela), un atavismo que ligaría nuestro pueblo con procesos violentos de siglos anteriores, un pueblo que llevaría así, como parte insoslayable de sus propios genes, el autoritarismo y la violencia militarista que la segunda mitad del siglo XX, con su democracia libertaria, no habría pacificado suficientemente. Y es que la cultura debe enfrentarse con los distintos componentes de lo que somos y de lo que traemos. La cultura puede ayudar a preguntarnos si aún nos marcan, y hasta dónde, esas antiguas experiencias. La cultura es incluso un buen instrumento para «tratar con lo que no es cultura en nosotros», como señala Ezra Heymann.

Si nos cerramos a pensar solo como los demócratas que sentimos ser por nuestra tradición y experiencia moderna, si no dejamos espacio para tomar en cuenta eso distinto que amenaza desde la sombra de nuestra propia historia y desde lo más oculto de una psique colectiva, seguiremos en el riesgo del que no entiende, del que permanece perplejo, sumido en aquel sentimiento de irrealidad que dificulta reaccionar a tiempo o dar eficaz oído a las amenazas proferidas desde un *Aló Presidente* justo antes de convertirse en leyes y decretos que van eliminando nuestras libertades.

Ese limbo perceptivo nos impide además algo esencial: defender eficazmente nuestros logros civilizatorios y nuestra identidad de paz, eso que los venezolanos también somos, eso que para sobrevivir necesita de nuestra conciencia.

La consistencia totalitaria

En el modo totalitario va haciéndose costumbre y normalización de la vida que solo el gran líder tiene el tipo de voz que produce acción, solo su lenguaje tiene verdadero poder realizativo. Ya no lo tiene en rigor la palabra del legislador que sanciona leyes, ya no lo tiene en verdad la palabra del juez que dicta sentencia, porque esos otros *poderes* han ido perdiendo su poder, alienados como están su saber y su deber a la voluntad del líder.

El gran jefe totalitario lo quiere *todo* y así va buscando ocupar los poderes, los lugares y las mentes. Y uno de los alimentos esenciales para lograrlo es el hombre-masa. Se organiza a la masa explotando su ingenuidad, o su

usual incredulidad para darse cuenta en los primeros tiempos de hasta dónde un gobierno es capaz de llegar. Se organiza a la masa desde los viejos resentimientos personales o grupales, se la organiza en general desde el hechizo magnético del líder carismático, y algo importante, se la organiza desde la humillación de lo individual al interior de la propia persona. Dice Hannah Arendt: «Los movimientos totalitarios son organizaciones de masas de individuos atomizados y aislados. En comparación con todos los demás partidos y movimientos, su más conspicua característica externa es su exigencia de una lealtad total, irrestringida, incondicional e inalterable del miembro individual³ (...) El totalitarismo ha descubierto unos medios de dominar y de aterrorizar a los seres humanos desde dentro. En este sentido, elimina la distancia entre los dominadores y los dominados (...) Hitler, que era completamente consciente de esta interdependencia, la expresó en un discurso dirigido a las SA: «Todo lo que sois me lo debéis a mí; todo lo que soy solo a vosotros lo debo» (...) Esta idea ha presupuesto siempre alguien que mande, que piense y que quiera y que luego imponga su pensamiento y su voluntad a un grupo privado de pensamiento y de voluntad –por la persuasión, la autoridad o la violencia»⁴.

Por una cultura de la libertad

La cultura debe ser rabiosamente libre

JESÚS PRIETO DE PEDRO (constituyente español)

Hay libertades individuales, grupales, institucionales, nacionales. Para el individuo, una cultura de la libertad conlleva autonomía en el pensar, en el decir, un actuar en acuerdo con los valores de su conciencia, un uso de su albedrío para participar sin temor a represalias, una capacidad de elegir desde el propio criterio, una independencia en la producción de la obra (y en la autenticidad al elegir los temas y formas que constituirán esa obra). Más radicalmente, y como dirá José Ferrater Mora, «la libertad no es algo que tenemos, sino algo que somos –que vamos siendo–, pues estamos obligados a ser libres». Sartre diría, más gravemente, que el hombre está *condenado* a ser libre «aunque rehúya o no quiera saber de esta condena».

³ Hannah Arendt. *Los orígenes del totalitarismo*. Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. Madrid, 2001, p. 405.

⁴ Hannah Arendt. Obra citada, p. 407.

Libertad implica elección personal. Pero, junto a la elección, tiene que darse el responder por ella: me hago plenamente responsable de lo que decido y de lo que hago. Todo individuo libre interactúa con la libertad del otro, de lo comunitario, de lo institucional. En esa complementariedad entre los diferentes se fundamenta el equilibrio entre la libertad individual y el bien colectivo. Al elegir, acepto también los límites que eso colectivo pone a mi arbitrio propio. Allí se genera entonces una esencial conciencia del límite. Así por ejemplo la libertad de prensa conoce límites que le imponen los códigos de ética y la irrestricta obligación de decir verdad. No es lo mismo para un periodista decir públicamente que un hombre honrado es corrupto que decir que un corrupto lo es. Lo primero es espurio, difama y merece penalidad. Lo segundo es legítimo en términos de comunicación social. Pero incluso en esa segunda forma, legítima para el decir de la prensa, se requieren algunas condiciones: una estricta relación entre denuncia y verdad; una posibilidad de comprobación de lo dicho; un uso del lenguaje adecuado, la no utilización de argumentos *ad hominem*, entre otras.

Sobre la autonomía necesaria a la cultura artística

La cultura es lo contrario del pensamiento homogéneo. Nada más pernicioso que encauzar las nociones de cultura, comunidad, identidad en el tubo político de una idea central que se espera repitan y coreen todos. Cultura es por naturaleza diversidad, pluralidad, pues es construida por muy diversos caracteres creadores en distintas circunstancias, y basada, como dirá Ezra Heymann, en «diferencias y oposiciones cognoscitivas, morales y estéticas dentro de cada comunidad».

Si nos enfocamos en la cultura artística, se hace necesario recordar ciertos conceptos de autodeterminación de lo bello, de autonomía de la intuición creadora, de apertura del arte al juego y al automovimiento. Es bueno recordar también la idea kantiana de una belleza *libre de conceptos y significados* donde el placer es desinteresado, lo que se agudiza en la modernidad, cuando el arte ha buscado liberarse de antiguas dependencias: tanto de la realidad naturalista, como de la religiosidad y la moral, como del proselitismo ideológico y político. Más aún, podemos hoy decir sin temor a equivocarnos que el arte es, con los sueños reales o con las ensoñaciones de la vigilia, de los pocos reductos de libertad que quedan al ser humano. Lugares donde

cualquier idea, cualquier imagen, cualquier forma son posibles, arte y cultura se convierten así no solo en zonas de creación de otros mundos posibles, sino en el espacio más natural del ejercicio y el pensamiento libres. En tiempos críticos el arte y la cultura suelen ser, más aún, lugar vivaz de resistencia de la libertad.

Si la inteligencia y la intuición creadora buscan la libertad como alimento esencial, los procesos totalitarios van minando la cultura artística en sus distintos ámbitos:

- **la cultura productiva**, o creación por parte de los artistas, debe ser también *rabiosamente libre*, pues se sobreentiende que proviene de la sinceridad de un artista, que como señaló Nietzsche «escribe con su sangre». Pero recordemos, por ejemplo, el arte execrado como *degenerado* en tiempos de Hitler, o el paso, con la Revolución bolchevique, de Eisenstein y Mayakovski al horror estalinista y a la desdicha —ética y estética— del realismo socialista;
- **la cultura reflexiva** o producción de ideas y teorías (con las clásicas persecuciones a los intelectuales en Moscú, Praga, Pekín, La Habana);
- **la cultura difusiva**, que debe estimular la libertad creadora en una población, proviene en gran parte del sector del Estado y en regímenes autoritarios suele recibir los primeros embates, como sucede en las llamadas revoluciones culturales —con las crisis que afectan a patrimonios, artistas, públicos, especialistas.

Pero, a pesar de esas especificidades arriba mencionadas, estos temas no se circunscriben al medio cultural. Es imprescindible reconocer las semejanzas de agresión que están recibiendo en el país muy diversos campos profesionales e institucionales, pero también y sobre todo la vida cotidiana de las personas. Y es que la libertad no es una abstracción, o algo solo de interés para intelectuales, creadores o periodistas. La libertad se tiene, o se pierde, en todos los terrenos de la vida, la de cada individuo, la de cada día: en la escuela, el trabajo, el barrio.

Aunque muchos ni siquiera lo noten, las crisis de la libertad afectan directamente al ciudadano corriente al golpearlo en su espontaneidad, que es por cierto uno de los valores más reiterados de la idiosincrasia venezolana⁵. Y vamos

⁵ Vale aquí señalar que una de las acepciones que nuestra lengua da a la palabra *libertad* es: naturalidad, sinceridad, franqueza.

viendo entonces que se sustituye, cada vez más, espontaneidad por cálculo, convicción por conveniencia, expresividad por silencio y miedo, y esto sucede en la calle, en la oficina y hasta en las casas (porque en espacio totalitario toda pared tiene oídos). Y así vemos que se va dejando de decir lo que se piensa, y que, más gravemente aún, poco a poco se puede ir dejando de ser lo que se es.

Para todos debería ser válida esta idea de Levinas: «Ser libre significa construir un mundo en que sea posible ser libre»⁶ de la cual queremos derivar que, con distintos grados de deber o de incumbencia, todos tenemos algo que hacer o que decir para esa construcción cotidiana de un mundo donde, tanto para nosotros como para las próximas generaciones, *sea posible ser libre*.

6 E. Levinas. *Totalité et infini. Essai sur l'extériorité*. Citado en *Metafísica de la ciudad*, de Giuseppe Zarone. Editorial Pre-Textos. Universidad de Murcia. Valencia, 1993, p. 18.

«*La cultura bajo acoso*, de la escritora María Elena Ramos, son ensayos concebidos desde una perspectiva humanística, y con un conocimiento profundo de los problemas de la cultura en nuestro país, que proponen una reflexión que no discrimina ni dicta sentencias. Que analiza o cuestiona, o denuncia, según los requerimientos de las circunstancias y de los hechos, pero que postulan el diálogo y la diversidad, como únicas alternativas frente a la tentación de dominio, a la pretensión de abolir la historia o de reescribirla, o de reinventar lo que por su naturaleza está destinado a reinventarse como el arte.»

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

«Valoro la maravillosa y sorprendente idoneidad de las reflexiones que hace María Elena Ramos sobre la relación entre el poder y el liderazgo, para nuestros momentos políticos actuales, o sus pensamientos sobre la vocación de la escritura, y sobre el mal de la mala crítica, aquella crítica que se caracteriza por su carencia de gracia y goce, y por ello evidencia una infelicidad y desgracia que nos hace pensar acerca de los vicios que presenciamos frecuentemente en nuestros medios.»

VÍCTOR J. KREBS

«En estos tiempos de reflexión sobre el arte venezolano, el trabajo de María Elena Ramos ha sido fundamental. Fundamental por denso, por abarcante y esclarecedor de los planteamientos –conscientes o no– de los artistas.»

ALEJANDRO OTERO

«Tenemos una maga de lo óptico: María Elena Ramos; además de filósofa y crítica de arte»

JOSÉ BALZA